

valía cada rayo de aquel sol que bañaba las frentes de nuestros soldados. Se le recibió como á un amigo que se espera, como á un bienhechor que ha diferido sus favores para el momento más crítico: vivas y aclamaciones de júbilo resonaron en su obsequio: parecía que el astro recobraba el imperio que ejerció en el Perú antes de la conquista de los españoles, y que los soldados del Norte, imitando á los súbditos de los Incas, iban á doblar la rodilla para adorarlo como á un Dios.

Los víveres que con anticipación se habían colocado en los puntos del tránsito, empezaron á escasear desde el 14. Las raciones, bastante limitadas desde antes, quedaron aún más reducidas, dejando casi sin saciar el hambre de las tropas. La miseria continuó más horrorosa cada día de los siguientes, con lo que naturalmente desfallecían las fuerzas, y acrecían los sufrimientos, sobrellevados con una paciencia digna de los soldados que iban á pelear por su país.

Escalonadas las divisiones como se ha visto, prosiguieron la marcha hasta la Encarnación. Sus padecimientos, lejos de ir á menos, se aumentaban más y más. Las jornadas, largas y penosas, se hacían sin encontrar en el camino habitación alguna, hasta que se llegaba al punto lejano en que se debía pasar la noche, y aún entonces no había local en que acomodarse: los soldados dormían al vivac, expuestos á todo el rigor de la intemperie. El agua escaseaba de tal suerte, que sólo la había en uno que otro lugar á distancias considerables, y saladrísima; de manera que no se podía apagar la sed ardiente que producía la agitación del camino. No había tampoco modo de acogerse á la sombra amiga de los árboles, porque excepto una que otra palma, el desierto no los tenía como antes se indicó: lo único que había en abundancia, era la yerba llamada *governadora* (*zigophyllum tabago*), que se distinguía en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. En el mar, luego que se ocultan las costas no se ve más que cielo y agua; en aquel desierto no se veía más que cielo y yerba, hasta que alguna ranchería distante, muy parecida á los aduares de los salvajes, aparecía como una isla en aquel océano terrestre.

La división de Pacheco llegó el 17 á la Encarnación; la de Lombardini, el 18; la de Ortega, el 19; las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera, el 20 y el 21. En aquella hacienda se encontraba hacía días el general Andrade, cuya corta fuerza, impropriamente llamada brigada, se componía de unos cuantos soldados presidiales. Las avanzadas del enemigo habían estado á tiro de fusil.

El ejército entero se había concentrado en la Encarnación, donde se detuvieron las primeras tropas en espera de las que venían atrás. Una vez reunidas todas, les pasó revista el general en jefe, que montó entonces á caballo, y recorrió las filas de sus soldados entre los más entusiastas vivas. Su presencia en medio de su Estado mayor, anunciaba que el momento del peligro estaba próximo y que se disponía á arrostrarlo con valor. Según el estado que se formó allí de las fuerzas, había entonces 14,000 hombres de todas armas. Así, antes de encontrar el enemigo, había ya una baja de 4,000, proveniente de los muertos, de los enfermos, de los cansados y de los desertores. Pero los que quedaban, se sentían reanimados con sólo la proximidad del enemigo; disponían sus armas para el combate; victoreaban á sus jefes; daban muestras del arrojo con que se condujeron luego en la batalla.

A la una del día 21 tomó la tropa su rancho, y llenó de agua sus caramañolas: después salió para el puerto del Carnero. Abrían la marcha los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia; seguían detrás el batallón de zapadores con la batería de á 16; luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega, denominadas entonces, la primera, de vanguardia; la segun-

da, del centro; la tercera, de retaguardia; después el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones, y el material de guerra; en seguida, la caballería de Juvera y Torrejón; y cubría el general Andrade la retaguardia de todo el ejército.

Aunque el general Santa-Anna dió orden para que no pasasen de la Encarnación las mujeres que seguían á la tropa, no fué obedecido; de suerte que un número muy grande de ellas continuó para adelante, formando un nuevo ejército.

La noche se pasó en el puerto del Carnero: allí estuvieron los cuerpos ligeros y los húsares, y el resto de las tropas entre un magnífico palmar. "En la noche, dice una relación que un testigo ocular publicó en un periódico de la capital, el frío nos atormentó lo que no es "decible: el ejército urgido, casi por un instinto de desesperación prendió fuego por diversos puntos al bosque "de palmas. La llama trepó incendiando sus copas, y "un océano de fuego se improvisó con sus olas horrosas "sas en medio de los aires..... El espectáculo era imponente, sublime; á su luz se veían los soldados hambrientos, desfallecidos de frío, y como un ejército de cadáveres."

El 22 se continuó la marcha: el general Santa-Anna volvió á montar á caballo: se presentó á las tropas excitando su ardimiento: se adelantó hasta donde marchaban las más avanzadas, cuyo entusiasmo subía de punto al verlo. No se tardó en recibir noticias de que los americanos, que se había creído que se defenderían en el punto de Aguanueva, habían abandonado esta hacienda, entregándola antes á las llamas.

Luego que Santa-Anna se cercióró de la verdad de lo que se le refería, partió velozmente hasta Aguanueva con su estado mayor y los suyos. Llegado allí, determinó seguir adelante en persecución del enemigo, por lo que mandó orden á la caballería para que tomara la vanguardia. Cumplióse con lo mandado; y mientras las divisiones de infantería se detenían para proveerse de agua, la caballería entera pasó sin que un sólo hombre se detuviera á beber una gota, á pesar de que venían todos cansados, sin aliento y muertos de sed. Al atravesar la hacienda, dirigían la vista con tristeza al aguaje, que los convidaba con sus ondas cristalinas; pero sumisos á la voz del deber, se alejaban á todo escape, sin abandonar sus filas.

Poco se dilató en alcanzar á los enemigos en el campo de batalla conocido con el nombre de la Angostura. El terreno que se acababa de andar estaba formado de vastas y extensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el impulso vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se había detenido para combatir, empezaban dos series sucesivas de lomas y barrancas, que constituían una posición verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposición del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuviesen el triunfo, no sería sin una pérdida de consideración.

Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió orden el general en jefe para que la infantería apresurara su marcha caminando á paso veloz. Así se verificó: á pesar del cansancio de la tropa, se siguió adelante hasta llegar á la Angostura, con lo que se completó una jornada de 12 leguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, la brigada del general Mejía se situó á la izquierda de éste entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería. El resto de la infantería se colocó á la derecha, formando en dos líneas con sus competentes reservas y bate-

rias. Las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.

Respecto de los cuerpos ligeros, el general en jefe dispuso que Ampudia, que los mandaba, fuera á apoderarse de un cerro que había quedado abandonado á nuestra derecha, y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posición; pero el general Taylor conoció entonces la falta que había cometido, y para remediarla envió por su parte una fuerza respetable, esperando que llegaría primero que la nuestra. Las dos divisiones se acercaron una á otra: conociendo que la ocupación del cerro no era ya empresa fácil, y que no debía quedar sino en poder del vencedor, rompieron sus fuegos, trabando un tenido combate. Además de la oposición del enemigo, aquella eminencia presentaba por sí misma obstáculos de consideración: el ascenso era casi perpendicular; de suerte que aun para subir el parque había penosas dificultades, siendo necesario valerse de mil arbitrios para superarlas.

El combate continuó con encarnamiento: la noche cierra completamente, y está aun indeciso el resultado. Los cuerpos ligeros se baten con denuedo: el resto del ejército, simple espectador de la acción, sigue ansioso con la vista la dirección de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. "Luego que oscureció, dice la relación citada anteriormente, el espectáculo era magnífico. Se veía flotar realmente en los cielos una nube "de fuego, que ó se elevaba ó se abatía, según los enemigos ganaban ó perdían terreno." Por último, los americanos ceden; sus soldados se retiran; los nuestros coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.

El resto de la noche se pasó al vivac y enfrente del enemigo. Estuvo lloviendo: el frío era crudísimo: se había prohibido hacer lumbradas, por lo que no se veía ninguna luz en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girara sonriendo sobre sus cabezas, mientras algunos oficiales velaban, agobiados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.

Amaneció el 23: la aurora de aquel día de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los cuerpos, el general Santa-Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañón comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco después; y como no hubo tiempo para repartir el rancho, los soldados pelearon todo el día sin tomar alimento.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en jefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entonces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco (D. Santiago) compuesta de los batallones de zapadores, mixto de Tampico y hijo de México, llevando el regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la división del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atrás, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguía la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4.º de línea, seguía batiendo á las fuerzas americanas que había al pie del cerro.

La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañón, mientras que las otras divisiones estaban aun lejos del enemigo. Sin embargo, aquella

no se desconcertó: los soldados seguían impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrían en sus filas, con el arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa-Anna, observando los estragos que sufría, dispuso que se detuviera, abrigándose tras de una colina que podía defenderla del fuego de los americanos.

Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habían roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su división en el general Pérez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisona, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibía de frente, y más aún por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersión es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la división del general Pérez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á 8 que mandaba el capitán Ballarta, y que Santa-Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltoarena. El fuego de las piezas que la componen, ocasiona á los contrarios pérdidas de consideración: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos, que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrozados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ambas partes han caído en esta sangrienta lucha.

Grande había sido en efecto el arrojo con que unos y otros habían peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descienden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin dejar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba á abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los más distinguidos, y así por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heroicos.

El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgracia estaba distante, y cuando llegó ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, carga con denuedo, dirigida por el valiente general Juvera: todos cumplen con su deber: el general D. Angel Guzmán, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buenavista. Parte de la caballería siguió tan lejos en su persecución, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posición.

En la primera carga que acabamos de referir, habían vencido las armas mexicanas; pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos exigían esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario ir las tomando una por una, á costa de la sangre de la parte más escogida del ejército.

Para dar la segunda carga, antes que se disipase el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habían batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltoarena, única que jugaba por nuestra parte,

destruza á los contrarios: se llega á la bayoneta, batiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros valientes vencen: lo americanos se repliegan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

En estos momentos se presentan al general en jefe unos parlamentarios, intimando rendición. Santa-Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretensión. Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, si no fuera porque el envío de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa-Anna le había enviado otro previamente, y así lo aseguró en su parte oficial. En aclaración de los hechos, vamos á explicar en lo que consistió esta equivocación.

Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagema de fingirse parlamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa-Anna; pero Montoya, que tenía sus razones para no presentarse, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.

Después del segundo combate, que sería entre las diez y las once del día, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algún respiro, y á las doce vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habían vuelto ya á entrar entonces en batalla los zapadores y demás cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella dirección, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejón carga sobre ellas, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La acción se generaliza; nuestra línea avanza; los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habían hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el extremo de la loma misma en que se batían los enemigos. De nuevo se empeña la refriega; por ambos lados se multiplican los muertos y los heridos; unos atacan bizarramente; otros se defienden con gallardía; ninguno cede; el combate se prolonga por horas enteras; y sólo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posición. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.

En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero; las tropas, muertas de cansancio, se detienen; el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas después de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo antes de ceder enteramente la palma de la victoria; pero la batalla ha cesado: la carga que se acaba de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, menos una, le basta conservar ésta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor; alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los encuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable; hubo tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Durante la acción, la brigada del general Miñón estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buenavista, ya al Saltillo. Su inacción ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa-Anna y Miñón, en la que no entraremos nosotros, porque nuestro objeto principal es referir los hechos como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.

La nación tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos más valerosos: cuarenta jefes salieron heridos; entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; comandante de batallón D. Julián de los Ríos; y comandantes de escuadrón D. Ignacio Peña, D. Juan Luyando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.

En la relación antecedente no se ha hecho más que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á más de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimación de sus conciudadanos. Se vió á varios jefes de cuerpos tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto de mayor peligro. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aún de los mismos enemigos, que sólo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrían decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.

El general Santa-Anna no ha participado de esta inculpación. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrojó el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su dueño; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!

La batalla de la Angostura había concluido. Las columnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la orden de poner fin al combate, y de retirarse á la oración de la noche para Agua nueva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaban enteramente en el sitio donde habían peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su extensión, para engañar al enemigo, el general Torrejón con la tercera brigada, compuesta de un escuadrón del Ligerero de caballería, los regimientos 3.º, 7.º y 8.º, y el activo de Guanajuato.

Nuestros soldados habían desplegado un valor digno de mejor suerte; se habían arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte exclamaban: "¡Viva la República!" y expiraban. Así, peleando por causas menos justas, se encarece que los valientes del ejército grande que el Capitán del siglo mandaba, fallecieran en el combate, sin proferir en su agonía más grito que los de "¡Viva la Francia! ¡Viva el emperador!"

Á aquellos cuyas heridas eran de menos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la acción; y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los jefes de más distinción y categoría, hasta los más infelices soldados. Esos desgraciados no sabían aún la suerte que les estaba reservada: ellos no podían conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal menos funesto, un destino envidiable.

Al tomar el ejército el camino para Agua nueva, una escena de horror vino á conmovir el corazón de los que habían visto con serenidad el peligro en los momentos más críticos del combate. Los heridos ascendían á ochocientos, y el corto número de medios de transporte de

que se podía disponer, no permitía que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frío, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veían desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperación. Á su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podrían empezar su espantoso banquete. Los que más afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenían á lo menos un porvenir menos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia debe decirse, que estos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra y exigen los deberes de la humanidad.

Por su parte, los que se retiraban, no podían ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenían que abandonar. Muchos dejaban entre ellos parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenían que sufrir en aquella noche del 23, que ocupará una página de luto en nuestros fastos militares.

La retirada había empezado á la oración; pero el ejército, que no formaba ya más que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que aunque el campo de batalla no distaba más que cuatro leguas de Agua nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habían incendiado al retirarse, ardía aún cuando volvieron nuestras tropas. Á un lado del camino había un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles algún alivio, sólo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habían tomado, cuando expiraban en medio de las más horribles convulsiones. Los pocos heridos que habían logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesión, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacía más insoportable esa bebida. Y, sin embargo, no había otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundo, asqueroso, mortífero.

Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron nueva aflicción á los espíritus, contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecía á la vista infundía el más penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habían aún exhalado el último aliento; por un lado se encontraban mujeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecían de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre; aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y de tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podían moverse; todo era confusión, todo angustias y sufrimientos. Á lo menos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubría la mitad de los estragos; pero en Agua nueva el cuadro de los horrores de la retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundía con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.

Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin

establecer orden ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que había. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no había medio de aliviar. Al amanecer el día 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se había apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habían servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó pasar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada no tanto por las bajas habidas en la batalla, cuanto por la dispersión de la noche anterior, dispersión que se continuó los días siguientes, y cuyo resultado fué que los cuerpos quedaran reducidos á meros cuadros, en que apenas se veían unos pocos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.

Para establecer algún orden, se dispuso la formación de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aún un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse esta operación, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en jefe, manifestaron que nuestros heridos habían sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistiría con todo esmero; hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habían desplegado en la batalla, y ofrecieron, de parte del mismo los refrescos y provisiones que sabía escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspensión de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones. El general Santa-Anna les contestó que agradecía, cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacían; pero que no podía admitirlas ni menos entrar en un convenio para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era además imposible, mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.

En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar este paso, era el que se convenciesen por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no había sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si había que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aún con una división florida, y con pertrechos y municiones en gran número.

En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa-Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecían aún sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buenavista, llamaron vivamente la atención de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género. Entre los cuerpos de caballería, en los que más se fijaron fué en los husares, en los coraceros, y en el regimiento número 7. Manifestaron, sin embargo, que en los Estados Unidos se hacía muy corto aprecio de esa arma, porque estaban convencidos de que costaba mucho y era de muy poca utilidad.

Concluido su examen militar, se retiraron los comisionados del ejército Taylor, formando juicios bastante favorables del ejército mexicano. Acaso su actitud imponente coadyuvó en parte á evitar que el americano lo siguiera de cerca, picándole la retaguardia, y esponiéndolo á todos los reveses que son tan frecuentes en una retirada, cuando se pelea con un enemigo poderoso y emprendedor; aunque en verdad lo que más principal-

mente nos libró de esos desastres, fué el estado de verdadera impotencia y nulidad á que la batalla redujo á la división invasora.

En Agua nueva creyó oportuno el general en jefe dirigirse á los valientes que mandaba, y publicó una proclama, en que no anduvo escaso de alabanzas por su comportamiento en aquella memorable expedición. Recordábales sus servicios, encomiaba su intrepidez, llegando su entusiasmo hasta denominarlos "un ejército de héroes." Pronto ese general, inconsecuente en su modo de pensar, debía deprimir á los que entonces lisonjaba, y tratar de ineptos y cobardes á los mismos jefes que halagaba en su proclama.

En la noche mandó reunir una junta de oficiales generales, para oír su opinión sobre el partido que convenría tomar. Todos fueron del mismo parecer que el general en jefe, y en consecuencia, se resolvió que el ejército continuaría su retirada hasta San Luis. Ni uno solo de los individuos que asistió á la junta se opuso á una determinación que iba á ser de funestos resultados para nosotros, y hasta algunos días después fué cuando el general Miñón manifestó su sentir, enteramente distinto del adoptado, consignándolo en una enérgica protesta que suscribieron los jefes de su brigada, y que no influyó poco en el tratamiento que recibió luego de Santa-Anna.

Con el objeto de disminuir las dificultades y embarazos que se prevenían, se dispuso que tomaran la delantera todos los mutilados, los que efectivamente comenzaron á salir desde aquel mismo día. El 25 los siguieron los que aún quedaban, y la suerte de unos y otros fué por cierto bastante lastimosa. Las camillas en que se llevaban á los de más gravedad, se habían formado apresuradamente, unas con horcones de palo, otras con fusiles. Los dolientes carecían de colchón, de sábanas y almohadas, contando para su abrigo con sólo unas jergas, sin que dejara de haber muchos á quienes faltaba aun esta cobija. Los más de los heridos iban en treinta carretas, tiradas por bueyes, habiéndose preferido para colocarlos allí á los que daban menos esperanza de curación. Se veían también varios jefes á quienes llevaban cargados sus soldados, entre los que hubo muchos que los atendieron con un esmero poco común. Otros, por el contrario, se valían de la ocasión para cometer crímenes: se dispersaban y desertaban, no sin robar primero á sus desgraciados oficiales, y llevando la crueldad hasta el extremo de matarlos para mejor afianzar la impunidad de sus faltas. En suma, las acciones más humanas y generosas formaban un notable contraste con las más perversas, que no podían evitarse en aquel tumulto y confusión universal.

Este mismo desorden facilitaba á los soldados que se separasen de sus filas, ocasionando una numerosa dispersión. Los que armándose de más constancia seguían aún sus banderas, empezaban á ser víctimas de nuevos padecimientos. La jornada de Agua nueva á la Encarnación fué de 14 leguas: á lo largo de ella se unió la falta de alimentos sanos, la más grave aún de la agua, de que no había ni una gota, y la sensación penosa de un frío horroroso que penetraba hasta la médula de los huesos. No había esperanza de remediar estos males hasta que se llegara á Matehuala, punto en que se habían reunido algunos recursos.

El general Santa-Anna, diciendo que iba á disponerlos para las tropas, resolvió separarse de ellas, avanzando con su Estado mayor. Antes de alejarse mandó que el general Ampudia quedara sustituyéndolo en el mando en jefe del ejército, al que lo dió á reconocer con tal carácter. Semejante nombramiento produjo un descontento bastante marcado: la mayor parte de los generales desconocieron al que se acababa de revestir de superioridad sobre ellos, publicando con la mayor claridad la repugnancia que experimentaban de servir á sus ór-

denes. Y así, aquel paso desacertado no hizo más que enconar los ánimos, y añadir un elemento nuevo de discordia á los males que se padecían.

El descontento común obligó luego á Santa-Anna á separar á Ampudia del mando, que confió al general Pacheco; pero éste desde el Salado se había separado del ejército. Resultó, pues, que no habiendo quien entrara con el carácter de general en jefe, cada brigada caminó independiente de las otras, lo que por supuesto aumentó el desorden y la confusión.

Tantos golpes que se sucedían sin interrupción, afectaban necesariamente la moral, ya muy relajada del soldado. A la llegada de las tropas á la Encarnación, se notaba un desaliento general, que se aumentaba por momentos. Todas las clases estaban igualmente disgustadas, porque el sufrimiento era común, y no había quien tuviera mejor suerte que los otros.

En la hacienda mencionada se esperó la reunión de toda la fuerza, continuando el movimiento el 26 por la mañana. El cuartel general que seguía al general Santa-Anna, llegó hasta San Salvador, y continuó desde entonces con una jornada de adelanto. Las brigadas pernctaron allí también, y á consecuencia de un nuevo arreglo, la caballería quedó cubriendo la retirada.

El 27 se caminó hasta el Salado, andando ese día 11 leguas. Allí se desarrolló un nuevo mal, que fué de los más graves que se sufrieron. Los comestibles en los días anteriores se habían reducido á carne maleada y piloncillo, y el agua que se bebía era saladísima. Los que habían tomado esos alimentos malsanos, se vieron atacados de una fuerte disenteria, que se propagó con una generalidad asombrosa, pues fueron muy contadas las personas á quienes no les dió. Los estragos de la enfermedad llegaron á ser en extremo deplorables: la muerte se cebó en las infortunadas tropas, en términos que todos los días fallecía un número considerable de personas. El ejército parecía formado de cadáveres: el miserable estado á que se veían reducidos los enfermos era tal, que muchos tenían la piel pegada á los huesos, y su contracción, descubriendo los dientes, daba al rostro una expresión de risa forzada que llenaba de horror.

Hasta las Animas, lugar adonde se llegó el 28, después de una jornada de ocho leguas, se pudo dar á los enfermos un poco de arroz. Desde antes habían llegado allí algunos jefes heridos, á quienes servía de facultativo una vieja sucia y asquerosa, á la que por su aspecto repugnante habían dado el nombre de "la bruja." La caritativa mujer, con una generosa eficacia, se consagró al cuidado de dichos jefes, curando sus heridas, preparándoles sus alimentos, formando vendas é hilas con los girones de su camisa, de color equívoco, y desviviéndose por atenderlos. Semejante conducta no podía menos de excitar su gratitud: las atenciones de la anciana ganaron su voluntad; y poetizando el agradecimiento á la pobre enfermera, miraban como un ángel de consuelo á la que poco antes habían llamado bruja para vilipendiarla y escarnecerla.

En las Animas hubo que soportar una nueva calamidad: parecía que éstas formaban una serie interminable, y que el ejército debía apurarlas una tras otra. La que entonces aconteció, fué un temporal deshecho, que acabó con la poca energía que se conservaba aún. El único alivio que se experimentó en medio de tan continuos desastres, fué el de una corta mejora en los alimentos, en razón de que se pudo dar una reducida ración de arroz.

El día siguiente, que fué el 29, se anduvieron otras doce leguas: la jornada se rindió en el Cedral, en donde se consiguieron los primeros alimentos sanos y nutritivos, que eran tan necesarios para la tropa. También se encontró un botiquín, objeto precioso para tanto enfermo como venía. No debe pasarse en silencio que estos auxilios los proporcionó el Sr. Yari, con generoso

desprendimiento, compadecido de la situación de sus compañeros de armas.

En el Cedral falleció el capitán de húsares D. José María Oronoz, ayudante del general Santa-Anna, á los 23 años de edad, de resultas de las gloriosas heridas que recibió en la Angostura. Su muerte fué aún más sentida por el interés que inspiraba su hermano el teniente coronel D. Carlos Oronoz, que lo había venido asistiendo con la más recomendable eficacia. Aquellos dos jóvenes eran un modelo de amor fraternal: siempre se les veía juntos: en todas partes se ayudaban recíprocamente, repartiéndose con igualdad las penas y los placeres. En los peligros, cada uno olvidaba el propio para no pensar más que en el de su hermano; y aquella unión afectuosa daba más realce á sus modales finos y caballerescos, á su buena conducta como ciudadanos, á su valor y serenidad como militares. El dolor que desgarraba el corazón de D. Carlos, hacía que muchos le tuvieran más compasión que al mismo herido. Cuando éste falleció, sus amigos asistieron llenos de pena á sus funerales, y arrancaron á su hermano del sitio donde descansan los restos mortales de uno de los oficiales más distinguidos del ejército del Norte.

Otro de los sucesos que más se notaron en esa ocasión, fué la fe religiosa de que dieron prueba los veteranos, cuyos incansables padecimientos infundieron en sus ánimos el saludable deseo de buscar consuelo en las doctrinas del Crucificado. Se les vió entrar en la iglesia, arrodillarse, y permanecer muy largo rato orando con fervor. El aspecto de un valiente guerrero, que prosternándose ante los altares del Dios Omnipotente, implora su auxilio, es un hermoso espectáculo, que revela la nada de las grandezas humanas: hay algo de majestuoso y sublime en ver á un hombre, respetado y temido de sus semejantes, conocer su pequeñez, y rezar con devoción y humildad en el templo de su Creador.

La jornada del 30 fué del Cedral á Matehuala, punto en que como antes se indicó, se esperaba encontrar un acopio considerable de recursos, y que por ser una población más grande, debía creerse que daría mejor acogida á la tropa. Esta esperanza no tardó en desvanecerse: el recibimiento fué frío y despreciativo: aquel pueblo indiferente miró las desgracias acaecidas en el ejército, como si se hubiera tratado de hombres extraños y sin vínculos con los habitantes. El golpe que recibieron los que aguardaban el alivio de sus padecimientos, fué más doloroso, porque les indicaba que no eran apreciados sus inmensos sacrificios.

Las brigadas llegaron tan fatigadas, que se hizo preciso darles dos días de descanso, pasados los cuales, recibieron la orden de proseguir la retirada hasta S. Luis. Antes de su salida, se supieron noticias de México, las que eran demasiado tristes, en razón de que comunicaban el pronunciamiento verificado contra la administración de Farías. Grande fué el desaliento que produjeron nuevas tan desconsoladoras: los valientes que acababan de combatir con el enemigo extranjero, veían con pesar que no se olvidaban nuestras disensiones intestinas, cuando la invasión amenazaba acabar con todo, á la manera de un incendio que se propaga con rapidez en un bosque espeso y lleno de materias combustibles. La proximidad del peligro que corría Veracruz, daba nuevo pábulo á sus tristes presentimientos. La nación acometida por el Norte, próxima á serlo por el Oriente, rumbo de fatal agüero, se daba en espectáculo al mundo, empeñando una lucha fratricida en la ciudad hermosa, á cuyas puertas tocaba ya la irrupción de los americanos.

En Matehuala se verificó un suceso bastante notable: la prisión del general Miñón. Es público que en el parte dado sobre la batalla de la Angostura, se le atribuyó la falta de no haber atacado al enemigo, según se le había prevenido, culpándolo de que no se hubiera obte-

nido un triunfo completo. Este antecedente, unido á la protesta de que antes se hizo mención, y á varias observaciones que en el curso de la campaña había hecho Miñón á Santa-Anna sobre sus operaciones, irritaron al último de tal manera, que se resolvió á sujetar á un juicio la conducta del general difamado; lo mandó prender y lo puso en rigorosa incomunicación.

El 1º de Marzo empezaron á salir las tropas de Matehuala, sin que desde ese día, hasta el 8 que llegaron al Peñasco, ocurriera cosa particular. En las haciendas de la Presa y Solís se manifestaron los primeros síntomas de gratitud; sus dueños asistieron con generosa hospitalidad al ejército, proporcionando también alimentos adecuados para los enfermos y heridos. En el tránsito por el Venado se franquearon nuevos recursos con la mejor voluntad.

El 9 comenzaron á verificar las tropas su entrada en San Luis Potosí, en donde recibieron inequívocos testimonios de pública gratitud. Dicha ciudad, que lo mismo que el Estado entero de que es capital, dió repetidas pruebas del patriotismo de sus habitantes, y cuya excelente conducta imitada de pocos Estados, debe avergonzar á los que no han cumplido con sus deberes; dicha ciudad hizo al ejército un recibimiento triunfal. Los sanluisenses se esmeraron en sus obsequios, sin pararse en esfuerzos de ninguna clase, por servir con cuanto pudieron á los soldados de la Angostura.

Los restos de aquel ejército, que habían visto salir entusiasta y respetable, volvían desalentados y reducidos á un corto número. Las penalidades del camino habían influido en la nueva desorganización de las brigadas. Los cuerpos llegaban con muy escasa fuerza, perdido el orden y relajada la disciplina. El estado que se formó de esas tropas desgraciadas, puso de manifiesto la pérdida casi increíble del ejército: las bajas que sufrió de la Angostura á San Luis, ascendieron á 10,500.

Así quedó reducida á la mitad la fuerza que se había conducido al combate. Los estragos de la retirada fueron incalculables: los de una completa derrota en el campo de batalla, hubieran sido menos funestos. El enemigo sacó todos los frutos de una victoria que había perdido; y como Voltaire dice de la batalla de Lepanto, que parecía que los turcos la habían ganado, nosotros podríamos decir que los americanos parece que ganaron la de la Angostura.

EJERCITO DEL NORTE.

Su fuerza y organización, en San Luis Potosí, con noticia de su vencimiento y efectos de guerra que poseía.

Estado mayor del Exmo. Sr. general en jefe, 11 jefes, 7 oficiales.

Ingenieros, general D. Ignacio Mora y Villamil, 5 jefes y 5 oficiales.

Estado mayor del ejército, general D. Manuel Michel-torena, 5 jefes y 16 oficiales.

Cuerpo médico militar, inspector D. Pedro Vander Linden, 11 jefes, 15 oficiales y 35 soldados.

Regimiento de ingenieros, general graduado D. Santiago Blanco, 2 jefes, 11 oficiales y 311 soldados.

Artillería, comandante general D. Antonio Corona, 11 jefes, 55 oficiales y 518 soldados.

División de vanguardia.—Infantería, general D. Francisco Pacheco, 14 jefes, 207 oficiales y 4,618 soldados.

División del centro.—Infantería, general D. Manuel Lombardini, 22 jefes, 249 oficiales y 4,029 soldados.

División de retaguardia.—Infantería, general D. Luis Guzmán, 18 jefes, 209 oficiales y 2,970 soldados.

Primera brigada.—Caballería, general D. Vicente Miñón, 15 jefes, 101 oficiales y 1,302 soldados.

Segunda brigada.—Caballería, general D. Julián Juvera, 13 jefes, 107 oficiales y 974 soldados.